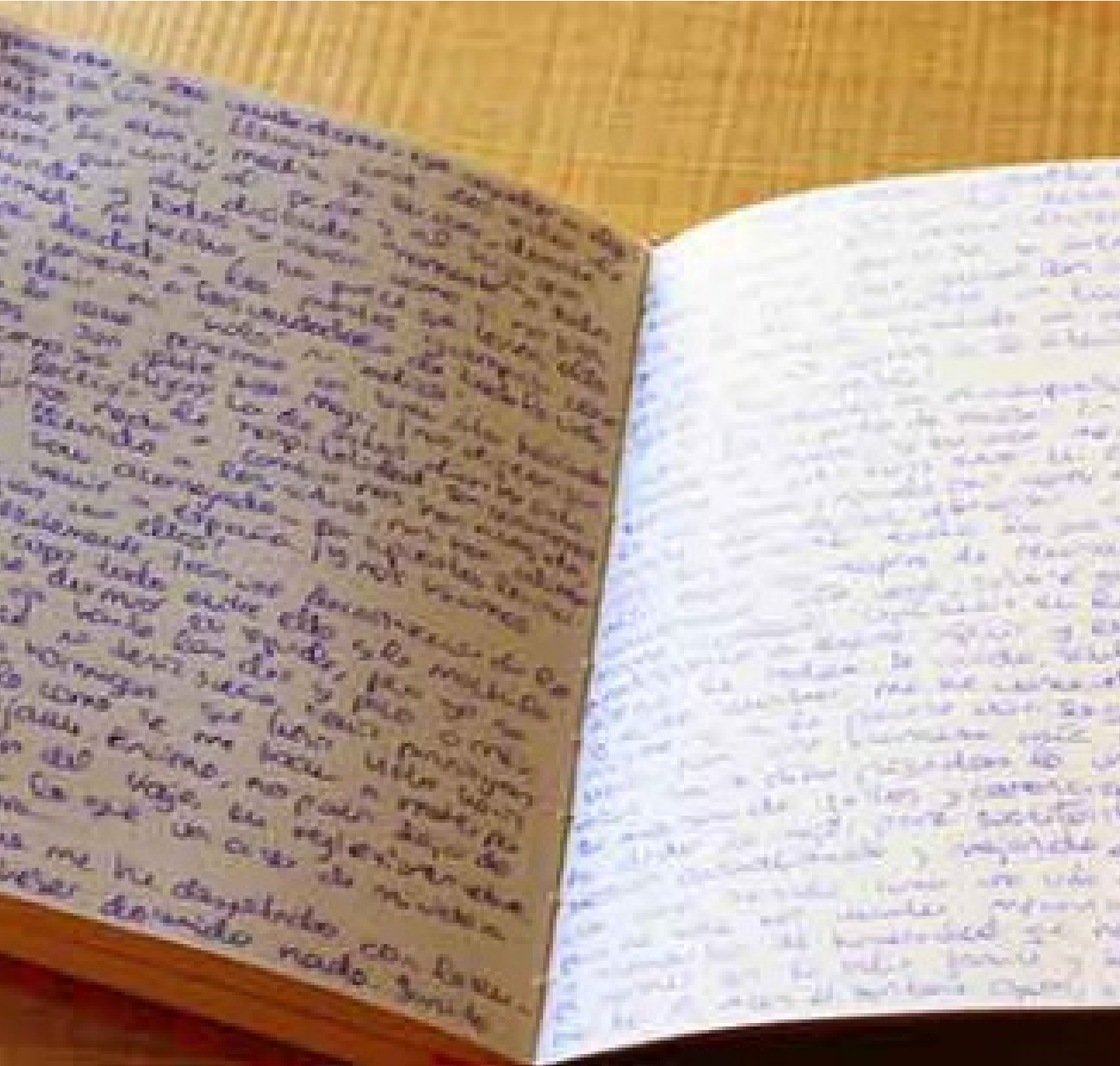


Diario apócrifo 1

Daniel Carvajal Camacho



Capítulo 1

Estaba ante el espejo impreciso del baño. Había que hacer algo con ese chicle pegado al pelo. Angustiado pensaba en cómo un delincuente joven del barrio aprovechó que estaba sentado en el banco del parquecito, para apoyar su mano con el chicle sobre mi cráneo desprevenido.

Dejó pegado en mis cabellos de risos su inconciencia oscura.

Era domingo en la tarde y los salones de belleza estaban cerrados. Debía solucionar el problema antes del lunes a las 7 am. Posiblemente, mis alumnos imaginativos se limitarían a reírse en mi ausencia, y yo cerraría el ojo derecho para enfocar al mostrillo agitador de masas.

El cráneo petrificado incapaz de hablarle se haría notar por ausencia de palabras y no en presencia de ese regalo que limitaba para balbucear en mi diario nocturno.

Nunca supe cómo no se echaban para atrás si bien se debía de notar que estaba muerto por dentro. Sin embargo las manzanas podridas propagaban la hostilidad entre los demás alumnos.

-¡Sin comentarios! –Exclamé enérgico el lunes al entrar al salón de clase- Hugo saque esa mariposa por las celosías.

Nos quedamos viendo la acción, los demás alumnos y yo, como si fuera a hacer un acto de magia. Se limitó a desobedecerme, la atrapó entre sus manos ahuecadas y se la regaló a una compañera que comenzó a dar gritos.

-Les tengo miedo –gritaba la obsequiada con la mariposa- sáquenla.

Por la noche subí hasta el tercer piso de mi casa, el cual era menor que los otros dos, una especie de biblioteca cimera. Deambulé por todo el embaldosado hasta dar con un libro que heredé, con el cual tuve una especie de lo que Mircea Cărtărescu llama «mirada poética». Se resume a que hay dos tipos de poesía, el género lírico y el ver las cosas con la mirada del niño que fuimos.

En sus páginas, el libro, describía a dos seres bellos. Dejaba ver que eran dos personas sin raza ni clanes ni seres mitológicos simplemente, entes que dejaron descendencia variada, cuyo árbol genealógico surcaba la Tierra con un hilo negro, otro amarillo, blanco y cualquiera de las combinaciones posibles. Es decir, volvía al lugar en el que aseguraba no ser mitológico y no hacía aguas sino saltaba por la borda directamente.

Cerré el libro aburrido, caminé un poco por la casa que por las noches abría todas sus puertas imaginarias mientras le daba vuelta a la idea de qué anotar en el diario.

En vez de escribir me obligué a comprar un libro digital. Del Murakami malo. Sabía que explotaba los recursos del canon occidental, como mencionar a Kafka, el de un hombre solo que come arroz mientras un disco de jazz vuelve azul la atmósfera, piensa quizá, en su divorcio extraño y en cómo erotizar a una mujer conocida desde la universidad, o una aparición desde el mundo cuando creía en algo, cuando los sueños lo movían. Pero el leer en la web qué leer, me hizo decidirme por volver a probar si aún después de tres o cuatro años me sentía repelido y magnetizado, por su prosa sugerente.

La mañana del martes iba en el bus escolar que pasaba por mi barrio, cuando vi una figura torva que caminaba por la acera del hipódromo. Me bajé del autobús luego de hacerle ver al chófer que tenía algo urgente por hacer, alterado abrió la puerta y me bajé detrás de la figura temida del delincuente joven. En el pasado Salvador (así era su nombre) había vivido a manzanas de mi casa. Era un hombre que se distinguía por irrumpir en los juegos de fútbol de los muchachos y lanzar la bola al tejado más alto e inaccesible, solo por diversión. O interrumpía la tertulia de algunos conocidos para pellizcarle las tetillas a uno de ellos. Con el paso del tiempo sus bromas pesadas se volvieron temerarias y tenía amedrentada a la comunidad. Y ahí estaba yo, tras él por la mañana.

Bordeamos el hipódromo, salimos a una calle ancha que se tragaba el tráfico de la ciudad. Estaba dispuesto a aleccionarlo, entonces tomé impulso y en carrera le di un rodillazo casi a la altura de los omóplatos. Salvador cayó boca arriba con un golpe angustiante sobre el pavimento. Su cabeza fue la más vulnerable, sin embargo se levantó pidió disculpas como si él hubiera causado el incidente, caminó un poco más y se desvaneció para siempre. Muerto a vista de todos. Por un chicle.